

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

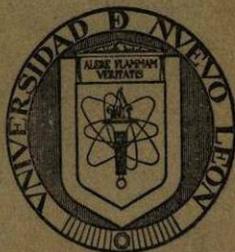
"ALFONSO REYES"

HEMEROTECA



*Capilla "Virgina"
Biblioteca Universitaria*

7



Dof

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1966

EN TORNO AL VALOR

SRA. LIC. CONSUELO BOTELLO DE FLORES
Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Nuevo León.

LA PREOCUPACIÓN FILOSÓFICA nutre un cierto sector de lo que el hombre ha hecho, desde hace una treintena de siglos. Se necesitó un milenio para que San Agustín de Hipona destacara el primer territorio filosófico con un objetivo ya más constreñido.

Si con San Agustín en la posición del cero de las coordenadas se retrocede hacia el clacisismo e incluso al presocratismo y a los renglones germinales de las meditaciones filosóficas, o bien si se avanza por el desarrollo posterior para alcanzar la actualidad en nuestros días, me parece que el quehacer filosófico, aparte cuanto ha dicho y concluído, enmendado o completado, etc., equivale a un trato continuo con la realidad. Esto quizá haya nutrido mi intuición originaria durante mis proximidades con la filosofía; el filósofo filósofa acerca de lo que le parece algo, de lo real o de lo ideal, de la materia o del espíritu; del tiempo o de la eternidad. Lo que he vivido, aquello que me sacudió con su evidencia, o que me ha impulsado a la perplejidad o incertidumbre, lo más inmediato a cuyo impacto certeramente surgen la inquietud y la actitud filosóficas, es lo que aquí y según la documentación de quienes la han enfocado, considero "lo real". Dicho así, resultaba en comprimida precisión "la realidad", lógicamente tan extensa como metodológicamente ardua. No por temor al trabajo, pero sí a la falta de capacidad para trasladar las formas más rigurosas a la forma académica válida, se impuso la disciplina de perfilar lo encontrado en una forma moderada y reduciendo estas perspectivas como lo llamaría Ortega, sólo a los aspectos actuales de esa "realidad". Es decir que hay que examinar qué modo sustenta esa realidad para los actuales existentes. Y éste se nos dá cuando observamos que el pensamiento humano se nos determina de pronto como buscador de algo valioso.

Tantos empeños como se llevan ya anotados sobre esa avidez humana de

saber y de saberse carecerían casi por completo de sentido, de significación última, si no se procura verlos en dirección de algo más. Siempre el pensamiento quiso, a las solicitaciones de lo que enfocaba como real, como algo, la obtención de un valor. Habrá sido la justicia, el bien, la verdad: cualquiera que se prefiera establece que el hombre y su tarea de ubicarse en sí y conforme a los demás presupone la obtención de valías. Para explicar esto el argumento se estructura en los siguientes pasos:

Primero: Algo hay;

Segundo: Ese algo implica algo más; pues que dado algo es dado según otro algo y no se interconfunden (de haber algo parmenídeo, único, inmóvil, etc., resultaría puramente inteligible, tal como Parménides encuentra la última verdad necesaria);

Tercero: Entre cuantos *algos* registra el existente que los estudia, unos se le dan como ajenos y extraños: tal es lo sorprendente platónico, los utensilios para Zubiri (familiares, serviles), los distantes para Heidegger;

Cuarto: Ese ciclorama de lo dado, necesario y apodícticamente múltiple, puesto que es distinguible —distinto— se da ante un alguien que lo recibe como aspecto de lo dado;

Quinto: No se sostiene por el anterior argumento que lo dado no se dé, sino que se recibe su realidad en un cierto y determinado aspecto;

Sexto: Entre esa diversificación (no en un aspecto físico sino en un ámbito dialéctico) se recogen existencialmente los valores como dados;

Séptimo: No tan sólo la forma de darse y de acceder al valor y a los seres difiere, sino incluso su tipo de realidad suscita diferentes maneras de captación;

Octavo: Entre el ser que es y el valor que precisa el deber ser de cada ser se obtiene fenomenológicamente el proceso de la valía.

Así, el ser-axiotrópico no es nada, se decía ya, equiparable a una categoría o predicación respecto al ser del hombre. La fórmula: *el hombre es un ser axiotrópico* funciona como compendio para que estalle su significación plena; es éste el resultado de una marcha dialéctica, que se ha seguido; corolario de enfrentar la realidad, a partir de otra, la de quien la enfoca, y por considerarla en tanto que real e indicadora de sentido (Heidegger) es por lo que el hombre estudioso, el filósofo y el científico, pero sobre todo cualquier hombre emplaza la realidad lo mismo que Kant a la razón, que Ortega a la vida o que Santo Tomás a Dios, en la inteligencia de que su conocimiento, la comprobación de su ser o la admisión de su realidad, etc., valen. Esto es ser axiotrópico, esto quiere decir optar valores; a esto se ha referido sin excepción oponible, todo aspecto de lo real consignado en los instrumentos de información.

De semejante modo se ha excogitado la presentación de la realidad en sus muy varios aspectos por un ser-real que lo expresa en sus filosofemas con

pretensión de validez. El mismo caso de falacias tan detonantes como las de Gorgias o las de Sartre, no han sido expuestas sin dirección o sentido hacia un valor. El escéptico niega la verdad y al negarla la establece latente en su negación; fenomenología nos repite Heidegger, es la penetración misma de lo que "hay ahí", lo dado, real o no, ideal o supra ente. No ha sido factible recibir una noticia relativa a algo, que no pretenda valer; lo mismo en el ámbito filosófico que en el científico, político o histórico, etc. La existencia misma como "peripeccia axiotrópica" es comprobación o cuando menos testimonio del ámbito donde el existente se encuentra siendo.

Además de la entitación de los seres, ejemplo: materia agente, forma y finalidad, son como deben, máxima o mínimamente. Deben ser válidamente en obediencia a una valía procesual que los coordina a un valor. Y al hablar de valores y su manera de acceder a ellos, cabe recordar lo citado por Allöys Müller en su *Introducción: La Metafísica de los Valores*: "Hasta llegar al fastidio hay que resignarse a oír la cantilena de que la institución de la esfera de los valores es una hipostatación metafísica, o que la esfera de los valores necesita de una fundamentación metafísica. Ambas cosas son falsas. Los valores no son realidades metafísicas, que causen efecto, den forma o impriman sello; y por ende, no estamos ante ninguna hipostatación metafísica. Por otra parte, a consecuencia de su eternidad, los valores son completamente autónomos: no tienen necesidad de sostén metafísico alguno. Lo que es eterno lleva en sí mismo el fundamento de su ser-real (pág. 36, Ob. cit.). Por otra parte, ¿es acaso factible, en nuestra actualidad filosófica y circunstancial, el tratamiento dialéctico de esta realidad de lo que vale con tan sólo las armas del razonamiento lógico aplicables a la realidad del ser? Aquí se opina que quienes han descubierto el territorio objetal (no óntico, ni ontológico) de los valores, se demuestra histórico-filológicamente, que lo fueron Sócrates o Platón, la última Academia o San Agustín, Santo Tomás en alguno de sus pasajes y ya tardíamente el rejuvenecimiento neo-escolástico de Lotze y Brentano, Husserl, Scheler o gran parte de nuestros días, etc., sin apenas advertirlo han emprendido la estructura de una lógica *ad hoc* mediante cuya estructura axiomática mostrar, no demostrar la peculiar realidad e inserción de lo valioso en el ser. Ya cuando Radbruch condensa la problemática en el deber-ser, utiliza un complejo de significaciones que innegablemente preenunciado en Husserl principia a reclamar sitio autónomo en la circulación filosófica. Aparece esa nueva lógica relativa a lo que vale ante nuestros ojos en la mitad de nuestro siglo como una porción entre tantas otras de la realidad no cultivada por el hombre. Ahí ha estado y estaba; nada o muy poco se había pensado a su respecto; pero tampoco el tratamiento físico-matemático del observatorio quieto a una velocidad, había sido estudiado antes de Fitzgerald, Laurenz y

Einstein; sin embargo ya están ahí en pleno tráfico y exámenes esas realidades. Igual nos parece el caso de los valores y de las valías; se entrevieron, de vez en vez se alude a ellos y no es sino a la estentórea agitación de Nietzsche, cuando su problemática empieza a ser considerada.

Ahora la filosofía cosecha de un antiquísimo sembradío que ya en las *Leyes socráticas* se hace presente o mejor dicho patente para el hombre como deber-ser. Toda normación, ha establecido Husserl, en la segunda de sus *Investigaciones Lógicas*, aunque se desobedezca o desatienda, alude a una validez que la sustenta. "Quien estudia ha de..."; o bien el castizo chascarrillo español: "a nadie se le exige tocar la guitarra, pero si lo hace... debe... etc." Se está palpando tras cualquier forma de darse la realidad que "debe de... esto o lo otro..." Imperativa y apodícticamente la creatura humana como axiotrópica se orienta rumbo a lo que vale o parece valer. No le basta, porque no es suficiente, cualquier solución o decisión. Ortega nos dice que somos programas que no venimos a nuestro ser desde antes sino a partir del futuro que nos señalamos: el anteproyecto "nuestra vida" es ya trance y existencia. No es que seamos libres, Ortega extrema y piensa que lo somos fatalmente; no es posible humanamente dejar de ser libres; pues ya lo veíamos antes aquí mismo, lo que nos dejó el asiento de la enseñanza en San Agustín: nuestro desvío de lo efectivo y actualmente válido, la dirección y orientación a valores subordinados y no supremos nos mutila la libertad; dicho en el excelso lenguaje agustiniano, el pecado nos esclaviza. Para Ortega en el orden del ser y en la categoría del *quantum*, lo menos se requiere para lo más. Ante lo que vale, lo subordinado no se estima sin la perspectiva de lo supremo.

Resulta evidente que si prefiero lo que no vale absolutamente y sin comparación, al renunciarlo o renegararlo, me ato, me coarto en la minusvalía que he preferido. La premura de acertar y la gravedad de acertar para siempre nos detiene y sobrecoge en el acto existencial mismo de obedecer las exigencias supremas de las últimas valías. El pensamiento y el hombre mismo que lo emprende, peligran de continuo.

Por todo ello no somos fatalmente libres; la misma necesidad lógica doblega el pensamiento, porque su urgencia de reconocer y comprobar lo conocido o supuesto, el existente mismo atónito frente a lo que vale y le exige cumplirlo, muestra la radical libertad de existir y de pensar, pero nunca la fatalidad. Tal opción a lo que se juzga digno de seguirlo e implantarlo en el ámbito de la existencia constituye la destinación libre de todo ser humano, filósofo o no; lo haga a sabiendas o lo practique y lo ignore; "por el hecho simple de haber hombres, se suscita la filosofía", dijo serenamente Platón. Podría aquí intentar parodiar al ateniense de la Academia con "en el dato mismo del existente

está la integro-vivencia del valor como una de las formas de la realidad y la premura para seleccionar el más alto entre todos".

Los diferentes tratadistas del valor lo han enfocado desde muy diferentes puntos de vista; hay quien se pregunta ¿qué se entiende por valor?, pero según lo afirmado aquí anteriormente, la realidad de los valores no se entiende, de ahí que habláramos de la inadecuación de una lógica puramente noética para tratar con sus preceptuaciones o fundamentos teóricos la forma de realidad de los valores, de otra manera, que al decir que los valores se entienden, quiere indicarse que no es esa la manera existencial ni la dialéctica para dar cuenta de lo que vale.

Por otra parte tenemos a Riehl, que nos dice: "lo real al ejercer su influencia sobre nosotros, no solamente es percibido por la inteligencia, sino también vivido con todo nuestro ánimo, estimado por el sentimiento, apetecido con la voluntad. A tal estructura corresponden ideas o valores"; en fin lo que se quiere evidenciar aquí, es que ya consta la diversidad entre ser y valor. En unos párrafos, por ejemplo, de la monografía que sobre los valores produjo Linares Herrera nos dice: "Los valores se nos ofrecen como una especie peculiar de propiedades (útil, noble, bello, santo...)" ; conceptualización que permitiría una respuesta para quienes andan investigando ¿cómo adyace el valor al ser? La respuesta caería de esta cita: los valores se insertan como "propiedades".

Sólo que cabría objetar semejante opinión, pues ya vemos que constan diversas maneras de darse la realidad. A una de ellas a la que céntricamente oriente y predisponga al hombre para la peripecia de su destino porque vale o le parece valer, se la vé válida. No es, sino que vale. Linares Herrera organiza un ensayo con los valores en el ser, nada extraño tiene que juzgue de ellos como de entidades.

El hombre busca comodidad, por ejemplo, para eliminar algo que niega un valor. Tampoco esta posición extrema resuelve el problema, que entonces se enunciaría así: ¿vale aquello que se anhela? La belleza de un panorama o la abnegación de un acto pueden evidenciar la falta de belleza y de abnegación en quien los estima, y como no se trate de un resentido morboso del dibujo existencial de quienes para elevarse, pisotean lo digno, quien accede a la presencia del valor lo estima, aunque no lo obedezca en sí como persona. Por eso es axiotrópico.

Cuando Sócrates explica que se ama aquello que no se tiene, ilumina meridianamente la naturaleza de esta aparente aporía. No nos parece amable algo por estarlo anhelando, sino que lo ansiamos porque vale como amable. No parece que haya más que discutir en relación a este pretendido subjetivismo ante las realidades valiosas. Ser axiotrópico no quiere decir ejercer la apó-

fansis de lo valioso, predicación de dignidades; se dijo ya que es la contextura misma del existente que se percata que ha de salvarse o de perderse: *tertium non datur*. No se puede decir como de una piedra o de un vegetal, que presenta tal tamaño, es útil, abundante, etc., predicar del hombre adjetivamente, que es axiotrópico, porque a éste le es estructuralmente consustancial orientarse en la perspectiva de lo que vale o vive como valioso.

Aparece como el iniciador de las actuales investigaciones sobre el valor, H. Lotze, que cree encontrar la esencia del valor en un valer, practicando así una escisión estricta entre el mundo del ser y el mundo del valer, entre lo que es y lo que vale; aunque habría que estudiar detenidamente si verdaderamente se da en Lotze esta pretendida separación de ser y valer. Sólo que en ese tipo de discusión habría que tomar en cuenta las significaciones de los vocablos.

Meterse en esas prioridades terminológicas equivale a una logomaquia. Es claro que el término valor se levante hacia el campo de la filosofía desde "el mismo lenguaje vulgar que se compone tanto de juicios de valor como de existencia" (J. Ferrater Mora, Dic. de Filosofía, 3a. edición, Buenos Aires 1951, p. 961-c) artículo en el cual ya se entrevé "la clásica identificación del valor supremo con la suprema realidad". Sigue diciendo Ferrater: "Si la filosofía antigua y la medieval en opinión de muchos pensadores, es una filosofía que se ocupa predominantemente del ser, ello no equivale a decir que el valor no ocupa lugar dentro de ella, sino más bien que se haya subordinado al ser, el cual es comprendido siempre inequívocamente en función de realidad". Recordemos que es Platón el máximo representante de esa hipótesis; el cosmos inteligible y el sensible constituyen, que lo es completamente en lo supremo de la idea primera, es decir se advierte la perduración de un primer principio o *arjé* y el estudio subsecuente del cambio y la permanencia. El ser es o vale más en tanto más perdura y menos pasa sensiblemente, mientras más inteligible.

Aquí ya no puede pronunciarse una predicación en la que la realidad aumente o disminuya según sea o valga; son o valen las realidades, se dan como tales realidades. La identificación agustiniana mediante el *Splendor ordinis* se filtra del platonismo más clásico, valor o no valor en el ser o en el no-ser equivale a la reunión de la realidad.

Lo que Ferrater consigna en su *Diccionario* en relación a "la ausencia de una reflexión autónoma sobre el valor no es, pues, debida más que a esta inmersión de lo valioso en lo verdadero o existente, o si se quiere del valer en el ser". Vistos los argumentos anteriores manejados en este trabajo no parece necesario volver a insistir en esa indiferenciación de lo que aquí se denomina *Formas de la Realidad*; pues la exposición de Ferrater bastaría para recordar que una cosa es el ser-verdadero-uno-bueno (trascendentales del

ser) y otra presentación totalmente diversa la del deber-ser. La realidad del valor a la que tanto ha pretendido constreñirse autónómicamente la meditación desde muy temprano en nuestro siglo, se interfiere tajantemente con la consideración ontológica de la existencia.

Mirar hacia la realidad en demanda de su conocimiento supone un deber-ser que la interrogación humana busca. Urge adecuar la noción a la realidad que la suscita, el hombre no se satisface ni con su propio ser, sino que barrunta que debe ser algo más. El ser axiotrópico al dirigirse a lo que predica en el deber-ser que lo inquieta, norma no tan sólo su afirmación, su aporética como lógica de la interrogación, sino su propio ser que es en concordancia mayor o menor, según algo que se le da digno o valioso para servirse de ella como referencia y aspirar a su consecución. Este proceso existencial se da como valía en lo hecho o intentado por el hombre y como realidad en él mismo, pues su realidad es ser-axiotrópico.

En cuanto toca a las negaciones adiaforéticas (inercia ante el valor) el tratamiento psicológico no solventa el problema, ya que filosóficamente la realidad del valor se da indiscutiblemente en sí y por sí, aparte de que alguien lo obtenga como dato, lo viva, obedezca o no. Si en rigor puede predicarse del hombre que se pregunta por lo que vale, que según ello se orienta hacia su deber-ser, no puede tomarse como ceguera, en una forma inerte o negativa sino según el proceso activo de su valía. Se muestra esto con los pasos procesales de "elección, dilección, predilección". La raigambre brentiana y scheleriana de esta síntesis salta a la vista.

Cuando Linares Herrera en su *Problemática Actual del Valor* (Rev. de la Universidad de Buenos Aires XLVII - 364, Núm. 20) emprende el examen de la "actualidad filosófica", trata la "relación entre valor y realidad" y dice: el valor ¿es algo real o ideal?, planteo que en conformidad con lo ya dicho en estas páginas no puede aceptarse; se vuelve a retroceder a lo valioso en contra de lo real o esto frente a lo ideal. Nada se ha anticipado ni tratádose puntualmente sobre ninguno de los tres extremos: valor, realidad, idealidad. Parece verdaderamente extraño el reporte: "en esto concuerdan fenomenólogos y neokantianos: ¿es reductible el concepto de valor al concepto de ser? Hay que insistir en que la fenomenología signifique un idealismo de principio, en este trabajo *fenomenología* es aceptado según en un principio, se estableció como método y Linares no cuenta con ningún antecedente en su obra, para poder tomar la fenomenología como posición y así hacerla confluir con la neokantiana que en verdad tiene que aceptarse como un idealismo.

Tampoco el retorno a explicaciones psicologistas esclarece los manejos valorativos, ni puede tomarse con una aceptación indiscutible el que las nociones ónticas y ontológicas se representen al examen epistemológico en condiciones

equivalentes al dato valor. Aparte de la condición fenomenológica de la obtención del valor lo correspondiente a la realidad del ser señala un campo totalmente aparte: lo conocemos, se le ignora y cuando menos se sabe que se le ignora. Ante el valor no tomamos una actitud de cognoscentes, activa y en deliberación. Cualquier valor insta a su aceptación o determina su preferibilidad.

Nadie adopta una postura ante el ser; intelectivamente se apetece su realidad y por ende conocerlo, resulta el valor verdad de su noción y al insistir en que en serie al valor se alcanzan realidades de diferente tipo, la diversidad de temática está urgiendo la de método.

El fenomenológico es tangente de la *Simplex Apprehensio* escolástica. Santo Tomás retrocede en cualquier problema a lo evidente, según los primeros principios; no se dan ni se sospechan primeros principios del valor, luego el tratamiento filosófico de ser y de valor cuenta para posibilitarse con cimientos y postulaciones en todo diferentes. Otras realidades no entes también se localizan en esos primeros principios o *Simplex Apprehensio*.

Ahora se interpone la necesidad de enfocar la realidad y en ella, esta neoplanicie apenas principiada a explorar, la realidad de los valores. Ortega al avizorarla habla de la innúmera fauna y flora valorativa, pues como siempre y ya lo he anotado, al alcanzar el pensamiento un territorio de la realidad no advertido antes o no estudiado suficientemente, hay que repasar dialécticamente lo visto y dicho al respecto para intentar una posición propia ya que en ello consiste parte de la intrínseca dialéctica del filosofar.

Fenomenológicamente, es decir, con entero apego a "lo dado, tan sólo y únicamente lo dado y todo lo dado" la realidad del valor no se ofrece ante la existencia ni ante el existente, como la realidad del ser que se sabe, se presenta en la conexión del ser conocido. Al trasluz de todo ser se palpa su deber-ser. Confluyen ser y valor: éste se delata o refleja en aquél, no adyace como pretende Linares Herrera, como se objeta en los tratamientos "nudamente metafísicos". La metódica para el manejo de las dignidades valiosas ¿consiste en una sumisión del valor?, evidentemente no, puesto que al ser se somete la indagación y al valor se le avizora, se obedece a su exigencia de cumplimiento o se prefiere a otro.

De un ser no puede predicarse la preferibilidad o la exigencia, por cierto que en los análisis sartrianos el ente opaco, empastado que disloca el pensamiento y lo vuelca en la náusea, hay una activación al contacto con el ser: compromete o rechaza. Sólo que esta ágil fenomenología del ser de Jean Paul Sartre no lo es aunque el célebre escritor la proponga como tal; es una fenomenología de la vivencia en que el ser penetra la existencia o rehuye el acceso del existente.

En cambio enfrentarse como lo que vale, *inclina hacia o desvía de*, éste es el contacto metódico con las realidades que valen. Ni remotamente se sostiene que sea el único acceso al valor, pero sí que es el encontrado con rigor metódico. La actitud para un tratamiento exhaustivo de la realidad sobre admitirla completa e integrada orientada a sus aplicaciones de estudio, según el sector de la realidad que enfoca si se emprende el examen filosófico de una teoría de ecuaciones en el campo abstracto de la idealidad de los entes matemáticos, no convendría quizá la estricta fenomenología categorial, sino el artificio inductivo o la secuela deductiva o el procedimiento intuicional de Poincaré. La consolidación filosófica sí pide reducir fenomenológicamente los pasos o matrices que se investigan en lo dado. La realidad supra-real tal vez no sea obtenible en la plena vivencia en que se manifiesta justicia, verdad, belleza y sus constelaciones.

La réplica más seria que yo he encontrado consiste en que la metódica adecuada requeriría ya un preconocimiento, una prenoción, pero conocimiento y noción al fin; ¿cómo adecuar un método para conocer si ha de guardar congruencia con lo estudiado que se supone desconocido?

La fría respuesta es de las del tipo de las de Heidegger: él le da en su *Ser y Tiempo*. Nada se supone sabido de la interrogación por el ser: hay tan sólo una trémula dirección rumbo a quien tiene sentido plantear su problema. Declarar que se desconoce algo equivale a fundamentar su conocimiento; se le conoce en la medida en que "nada se sabe" (Heidegger). Reconocer que no se sabe es el humilde principio socrático de toda noción valedera. Santo Tomás nos dice: ¿Hay Dios? Al postular que no acepta el conocimiento de lo que ignora se orienta a la sapiencia.

De los valores no se sabe; esto es fundamental en estos análisis. Pues los valores orientan al ser-humano que como existente se confiesa sin comprometerse (Sartre) al cumplimiento de ellos. No los desconoce como tampoco al sol lo saborea, ni al pensamiento lo somete a manejos físico-químicos. Juan D. García Bacca reduce lógicamente a sin sentidos y contrasentidos esas falsas conexiones entre campos de la realidad. Tomemos un ejemplo; "la raíz cuadrada de dos es muy alegre", pues algo similar se advierte al decir "el valor justicia es..."; cualquier cosa, alguno de los predicados categoriales del ser.

Esta digresión metodológica dice que el trasiego de las realidades valiosas queda aparte de las posibilidades apofánticas de lo ente. Lo valente quizá se conozca que se da, pero lo conocido es el dato, no el valor, de acuerdo con los análisis anteriores.

Después de estas ideas generales con respecto al valor y al ser como aspectos simultáneos de una realidad que así se nos da, me gustaría llegar a la actualidad y vigencia de las nociones axiológicas haciendo antes un breve repaso por

el pensamiento que a este respecto se ha esgrimido previamente a nosotros. El pensamiento en torno a los valores, aunque seguramente no como ahora se les puede considerar, es retrollevable a dos milenios y medio antes de nuestros días: ya la sofística griega había distinguido "valores objetivos" . . . y "valores subjetivos". El descubridor e instaurador de la dignidad céntrica del hombre en la realidad, Sócrates, de quien proceden todavía las líneas principales de la filosofía, inaugura una preeducación valorativa de consistencia humanística.

Juan Luis Angelis en el *Diccionario Filosófico* dirigido por el señor Julio Rey Pastor y el Padre Ismael Quiles, S. I., juzga de las enseñanzas axiológicas de Sócrates como de una doctrina "todavía primitiva y empírica"; no convendría enjuiciar a nuestra vez el dictamen del colaborador de este Diccionario; baste con decir que el bienestar o la felicidad señalados por Sócrates se apoyan en sapiencia o conocimiento de lo valioso. Ciertamente que la dedicación a lo bueno, a lo justo, a lo verdadero, a lo bello, etc., era para el maestro de Platón función del conocimiento de esas realidades; por eso el diálogo Fedón concluye tan majestuosamente con el conocido epitafio a Sócrates: "el más justo y el más sabio de los hombres". Que la satisfacción de las dignidades valiosas en el antecesor de la Academia reconozca como posteriormente Platón una jerarquía de aspiración suprema, no autoriza del todo la emisión de que se trate de una perspectiva "todavía primitiva y empírica".

La derivación palmaria de la estimativa socrático-platónica en Aristóteles un siglo después de Sócrates, aunque con un sentido opuesto recoge las meditaciones del mayeuta y del ideísta. En el peripatos, Aristóteles se atrevió en su polémica frente a Platón a organizar sus *Éticas* con el apoyo previo de su *Política*. La teoría del "buen ciudadano" para el estagirita reconoce como criterio el estatal. En la Academia la felicidad como cumplimiento y realización humana se sustentaban en la personalidad de cada quien. En ambos ilustres sistemas fluye larvada la presencia de los valores. La totalidad de la subsecuente consideración patristica, bizantina, alejandrina y medieval, persiste en avizorar lo justo, lo bueno, etc., es el legado aristotélico-platónico; sus máximos representantes en el intervalo de casi un milenio lo son Filón, Plutarco y San Agustín de Hipona. Hasta la culminación escolástica en el siglo XVIII, los órdenes valiosos en el mismo Santo Tomás de Aquino siguen orientándose según el ser, su razón y su deber-ser. El bien como causa eficiente y germinal cuanto última y final en la Quaestio XVI de la Theología de Santo Tomás de Aquino atraviesa como una constante evocación de los maestros griegos, 1700 años de reflexiones.

Las antevísperas y los decenios, anteriores e inmediatas unas y subsecuentes las otras al renacimiento testimonian la vacilación de las creencias, las dubi-

taciones de Descartes a propósito del deber-ser. Los valores les eran presentes a los epígonos de la Edad Media y lo fueron también para los ejemplares del amanecer renacentista, pero el hombre no se fincaba en su orientación como para postular ninguna jerarquía estable, cuando un siglo más tarde durante la agonía de la efervescencia dorada que suscitó el haber recuperado la bibliografía clásica de la antigüedad y la expansión geográfica de los ecúmenes, en la arista secular ya final para el iluminismo con la importancia de "haber planteado la problemática de lo valioso".

Tanto como para F. Larroyo en México, como para De Angelis en la Argentina, cuando menos, la palabra valor procede de la Economía Política de Adam Smith; pero ya el Diccionario que aquí se sigue distingue en la acepción económica la bifurcación entre utilidad y eficiencia adquisitiva.

Sobra aquí en unas páginas de reflexión filosófica detenerse a demostrar que lo que en otros campos del conocimiento significa diferenciar equívocos, en el de la filosofía siempre encamina de modo fatal, en una distorsión dialéctica: lo que el sentido de lo valioso desempeña en la Economía donde solventa exigencias e insatisfacciones, nada o muy poco tiene que ver con las indicaciones que cumple en el ámbito filosófico.

Filosóficamente tomado, el valor solicita y obliga aunque no se le atienda; en tanto que económicamente satisface como acaba de verse. Por lo cual el tránsito que se quiere ver a través de la psicología y de las ciencias exactas, de la conceptualización axiológica al campo de la filosofía, insistimos en que debe tomarse con muy serias reservas.

En el positivismo de fines del siglo de Hippolite Taine hay ya una clara conceptualización del valor, entre sus meditaciones estéticas en las célebres lecciones que dictó sobre Filosofía del Arte. Y todo el mundo sabe que contemporáneamente al positivismo y a la restauración del criticismo, Hermann Lotze en su *Microcosmos* es quien demuestra y establece decidida y modernamente que la realidad del valor difiere de todos los entes. Habla de una "sensibilidad para el valor". Se vio ya reaparecer en las ondas de la elegante dialéctica fenomenológica de Max Scheler, esa visión de lo que vale aparte de lo que se sabe conceptualmente. De modo que si yo digo que al ser del ser corresponde clásicamente la razón del ser, su noticia y tentativa de conocimiento; parece que al valor del valor no se le compagina una razón del valor. Es otra la forma de su realidad, otro también el acceso humano a su contacto y elucidación; tanto la citada sensibilidad de Lotze cuanto la intuición emocional de Scheler, resultan consecuentes con esa diversidad de la realidad que los valores representan. Se ha descartado también aquí la factibilidad de alcanzar valores por vía puramente sentimental o emotiva. El ser axiológico incitado a lo que vale no es pura razón ni menos afectos o voliciones. Es todo eso,

aspectos y estructuras de eso y acaso algo más. No es el ejercicio aislado y parcial de ninguna de esas funciones generales de la conciencia como ahora se las designa. Tales son los argumentos por los que ni a Lotze, genuino instaurador de la primera visión axiológica congruente, ni a Scheler, tan adelantado e ilustre, puede aceptárseles en ese sentido.

Precisiones tan exquisitas como el distinguir *Verdad y Valor* en una noción, están esperando desde hace más de medio siglo una exploración más minuciosa, seria y filosófica de los trabajos de Lotze. Su proximidad, por ejemplo, a Franz Brentano en los análisis psicogenéticos requiere un esclarecimiento en orden a la fundamentación fenomenológica de todo cuanto posteriormente se organizara Husserl o Heidegger y Scheler cuando menos.

Ya la escuela badeniense y su contraste frente a Nietzsche han de ser considerados, como meditaciones propiamente axiológicas. Lástima que la prédica de Nietzsche o quede en los linderos filosóficos sin delimitarse o los derrame. El super-hombre no cabe circunspectamente en ninguna concepción filosófica, pues su transmutación de los valores los supone en repertorios de factura óptica, vistos con sentido de preferibilidad humana; y el valor si algo entrega a su captación existencial, consiste en una distancia impenetrable a la lesión o confusión del ser: por no ser, los valores se entrañan en el deber-ser. Tampoco esto quiere decir lo que Oswald Spengler postula: "debe-ser, luego es"; pero ni eso, ni el reflejo del puro ser de las ideas platónicas en los probables concretos, ni forma alguna de ser en general.

Se ha llegado así a las antevísperas del pensamiento axiológico. Conviene desde luego esclarecer terminantemente que no puede admitirse en la misma significación *filosofía de los valores y filosofía del valor*. Esta última se ha de entender como un episodio teórico en el que en cualquier posición filosófica se trate o estudie el problema del valor en general; y como filosofía de los valores, se presenta como aquella que establece su tarea a partir de los axiomas valorativos, su base de partida la constituyen los valores; no los disputa, los toma para hacerse con ellos como presupuesto. Estas páginas pretenderían, de haber sido pensadas y trazadas en dirección a los valores y no a la "realidad toda, en su total orden y a fin de su total conocimiento", elucidarlos en su real conexión con lo demás, no aislarlos ni ignorar sus peculiaridades, sus problemas, ni formas accesibles a la meditación.

La figura de Guyau es vista por el mismo De Angelis como similar si no es que como derivada de Nietzsche. A Brentano a quien ya hicimos mérito sería imperdonable desconocerlo: su establecimiento del "sentimiento de existencia" equivale muy próximamente a la *Erlebnis* de Husserl. Lo mismo hay que decir del esquema tridimensional que encuentra Brentano para la esfera psíquica, de ahí proceden las intuiciones más tardías de Scheler. Coetáneo de este último

lo fue Meinong; se le reprochan sus tendencias psicologistas. El orto de sus significaciones se comparte entre Husserl y Urban; igualmente se conecta a Ehrenfels con el psicologismo dicho; para él los valores carecerían de "realidad objetiva" y acaso los reduce a relaciones; no es fácilmente inteligible como puede aludirse a algo sin admitirlo como objeto, como término de referencia. Las conexiones entre deseo, sentimiento, tendencias y volición en Ehrenfels, como facultativos o representativos, ya proporciona un criterio estimativo. Eisler avanza el siguiente paso al dictaminar que la "inteligencia no crearía en absoluto los valores sino que los descubriría". Es de considerarse poco aprovechable este último autor por su extremada cautela ante normaciones que lo hicieron temer un dogmatismo, pues al rechazarlas cae en una desviación naturalista.

Aunque Eucken filosofa en el campo de la religión, ve con bastante justeza el espíritu ya como integración elevarse sobre el reino de los valores. La bifurcación entre lo natural y lo cultural para Rickert y para Windelband ya contiene luz actual para la contemplación de los valores y el mismo De Angelis al reportar esta proximidad a nuestros días se disculpa casi con decirnos que la obra de Rickert es de sobra conocida para dar noticia de ella.

El abolengo en la posición que aquí se tomaría se encuentra en Husserl, Hartmann y Scheler; todavía el ex-rector de Friburgo luce la herencia de las significaciones y por su limpieza lógica padece el espejismo de las esencias (ser del ser). Los valores en Husserl significan esencialidad, pero he aquí lo fundamental: "no son intelectualizadas sino meramente aprehendidas". Ya esto es hablar responsablemente a propósito de una realidad, de una nueva región de la realidad. El mismo apriorismo scheleriano, tan merecidamente prestigiado, se apoya completamente en esa espléndida conclusión fenomenológica de Husserl. Si Scheler se impone como programa de superación de todo psicologismo relativista, del formalismo kantiano, se debe en principios que su maestro haya delimitado con todo rigor las diversas ontologías racionales y los estratos fenomenológicos de su posible acceso.

La entitación espiritual en Hartmann, al producir una resonancia tan hermosa del pensamiento de Eucken idealiza al valor. Se descubre también en Hartmann a Hegel equilibradamente compaginado con Dilthey. Por eso se ha discutido tanto y se continúa la polémica en torno a esa idealidad de lo valioso.

A partir de esos movimientos reseñados, la cultura articulada en valoraciones y valías, pasa por los tratamientos de Gustav Radbruch, del Münch, de Orestano, etc. Ya los valores en boca de A. Müller no dejaban dubitaciones a propósito de si son o no son.

Fundamentar el valor ha significado para los diferentes pensadores que lo

intentaron, precisar funcionalismos psíquicos como en Brentano. La medida existencial en Ehrenfels se reduce a un cimiento psicológico. Las interconexiones entre datos del psiquismo muestran, según páginas antes se dijo de los análisis de Sartre, vivencias de... , no la realidad de lo dado en las vivencias.

Uno de los aspectos más importantes con respecto a la consideración del valor sería aquel que se refiere a la preferencia y menosprecio de los diversos valores que para algunos pensadores resulta arbitraria. Ese o aquel valor ante el ser que lo vive y a cuyas sollicitaciones se dirige, constituye una valía aunque no se realicen, no obstante que tan sólo parcialmente se cumpla su llamado, en tanto en cuanto queda el valor como valor. Habría arbitrariedad sólo en el caso en que se deje de lado la consideración del valor y se haga referencia únicamente a la discriminación personal, pues en cuanto al valor propiamente dicho posee como se ha podido entrever a través de todas estas líneas por ser más que todo un tratamiento del deber-ser, una absoluta objetividad que lo hace aún más apetecible.

En fin no se pretende en estas páginas agotar todo lo referente al valor, investigación, profundización y completo esclarecimiento de todo lo que a él se refiere, sino mostrar únicamente un aspecto interesante y relativamente actual de esta realidad que al existente se presenta, le llama, le solicita y le urge su interés y su aquiescencia.

LO TRÁGICO EN LA ACTITUD ESPIRITUAL GRIEGA

FRITZ JOACHIM VON RINTELEN
Universidad de Maguncia

I

EN TANTO LOS HOMBRES sean capaces de un saber acerca de su propio destino, el *sufrimiento trágico*, comparado con la posible felicidad, pondrá al espíritu viviente frente a cuestiones decisivas. Una pregunta, empero, sólo halla su respuesta cuando es posible expresar algo del *sentido subyacente* sobre el que ella yace. Debemos arriesgarnos a ser hombres esforzados y probos para afirmar así, al igual que los griegos, a partir de la profundidad del espíritu, la noble combinación de sufrimientos y alegrías de la existencia. Este espíritu, por cierto, no es el espíritu aritmético o el mero intelecto, sino *el espíritu* que se hermana con la *profundidad esencial* de las cosas. En este sentido, el espíritu no tiende sólo a lo verdadero, sino también a lo valioso y a lo bello. Y han sido nuevamente los griegos —esos favoritos de los dioses— quienes en primer término reconocieron ese espíritu; accedieron a él porque experimentaron en toda su profundidad el sufrimiento. “¡Cuánto tiene que haber sufrido ese pueblo para poder llegar a ser tan bello!” (Nietzsche).

Tres cosas queremos preguntar a los griegos: ¿cómo vieron el mundo?; ¿qué respuesta le dieron a él?; ¿cómo se manifiesta esta respuesta en la tragedia?

¿Cómo vio el griego el mundo? No solamente divisó su belleza, sino que también, en el sufrir del héroe, del *ἥρωες*— vio su inconsistencia y su actitud. La miseria de la inestabilidad, de lo incalculable, de lo enigmático e imponderable lo conmovieron profundamente. Por ello su mundo no consiste tan sólo en la alegría serena del clasicismo. Este claro y temprano saber acerca del sufrimiento es íntima necesidad para el griego, pero también pesada y dolorosa carga.

1. ¿Cómo vio el griego el mundo? Para apreciar esta cuestión en toda su